

las manzanas de oro para alcanzar sobre Atalanta el premio de la carrera.

Sonreíase desdenosamente al pensar que el doctor arreaba su caballo con intento de alcanzarle, y experimentaba una grata sensación al sentir el aire frío de la noche que helaba las gotas de sudor que le corrían por el rostro.

Habría preferido la muerte á que el doctor le alcanzara.

Media hora empleó á la ida; pero á la vuelta le bastaron veinte y cinco minutos.

Y cual si hubiese podido adivinar aquella velocidad inconcebible, Berta había ido á esperar el mensajero al umbral de la puerta, y bien que no ignoraba que lógicamente no podía estar de regreso antes de media hora á lo menos, prestaba atento oído.

Parecíale oír á lo lejos un rumor de pasos casi imperceptible. Aunque no era de creer que fuese el mancebo, no lo puso en duda ni un instante.

En efecto, poco después le divisó, luego le vió aparecer y dibujarse claramente en la oscuridad, al mismo tiempo que él, con la mirada fija en la puerta y sin atreverse á dar crédito á sus sentidos, la veía inmóvil y con la mano puesta sobre el corazón, al cual repentinamente había sentido latir de un modo inusitado.

Al reunirse con Berta hallábase el mancebo como el griego de Maratón, sin voz ni aliento, y poco le faltó para caer como él, si no muerto, desmayado á lo menos.

Sólo tuvo fuerzas para pronunciar estas cuatro palabras:

—El médico viene también.

Luego apoyóse en la pared para no caerse. Si hubiese podido articular algunas palabras más, habría exclamado:

—¿No es cierto que diréis á Mary que por amor á ella y á vos he hecho dos leguas y media en cincuenta minutos?

Mas como no podía hablar, esto pudo ser la causa de que Berta creyera, como así lo creyó, que sólo por su amor había llevado á cabo aquella proeza.

Al ocurrírsele esta idea, sonrióse gozosa, y sacando el pañuelo dijo:

—¡Oh! ¡Cuánto siento que hayáis tomado tan á pechos el encargo que os hice de que fueseis diligentes! ¡En qué estado os halláis!

En seguida le enjugó blandamente el sudor que le bañaba

el rostro, procurando no tocarle la herida, y encogiéndose de hombros añadió con suavísimo acento:

—¡Niño!

Esta palabra ¡niño! había sido pronunciada en tono tan tierno que conmovió á Michel; y cogiendo éste la mano de Berta, notó que la tenía temblorosa y húmeda.

En esto oyóse en el camino el ruido de las ruedas del calesín.

—¡Ah! ¡El médico! dijo Berta rechazando la mano del mancebo.

Miróla éste sorprendido: ¿por qué le rechazaba la mano? No podía adivinar lo que pasaba en el corazón de la joven: pero conocía por instinto que al ejecutar semejante acción no la había movido un sentimiento de odio, de repugnancia ó enojo.

Berta entró en la casa, sin duda con intento de participar al enfermo la llegada del médico, y Michel permaneció junto á la puerta esperándole.

Al verle llegar en aquel desvencijado vehículo que le hacía saltar grotescamente mal de su grado, Michel no pudo menos de alegrarse interiormente de haber vuelto á pié.

Verdad es que si Berta hubiese entrado en la casa al oír el ruido del carruaje, cual acababa de hacerlo, no habría tenido ocasión de observar el mal talante de los que en él venían.

Mas si no hubiese visto á Michel, ¿no habría permanecido á la puerta hasta lograrlo? Era más que probable.

Al hacerse el mancebo esta reflexión, si no sentía en su corazón el ardiente alborozo del amor, á lo menos saboreaba el placer del orgullo satisfecho.

## XI

NOBLEZA OBLIGA

Al penetrar el doctor Roger en el aposento del enfermo, Berta estaba á la cabecera de la cama.

Lo primero que llamó su atención, fué aquella graciosa figura parecida á los ángeles de las leyendas alemanas, que se inclinan para recibir las almas de los moribundos; mas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Adm. 1025 MONTERREY, MEXICO

no tardó en conocer á la doncella, pues rara era la choza de pobres aldeanos donde no hubiese encontrado á alguna de las señoritas de Souday entre el moribundo y la muerte.

—¡Ah! ¡venid, doctor! exclamó Berta al verle. ¡Venid presto! El pobre Tinguy está delirando.

Efectivamente, el enfermo era presa de grandísima agitación.

Acercóse el doctor, y díjole:

—Vamos, amigo mío, sosegáos.—Dejadme, prorrumpió el enfermo, dejadme; tengo que levantarme: me están esperando en Montaigu.—Nó, querido Tinguy, dijo Berta, no os esperan... todavía nó...—Sí tal, señorita, sí tal; era para esta noche. ¿Quién irá á llevar la noticia de castillo en castillo si falto yo?—Silencio, Tinguy, silencio, replicó la doncella; pensad que estáis enfermo y que junto á vuestro lecho está el doctor Roger.—El doctor Roger es de los nuestros, señorita; podemos hablar sin rebozo en su presencia, pues no ignora que me esperan, debiendo levantarme al momento é ir á Montaigu.

El doctor Roger y la doncella cruzaron una rápida mirada.

—MASSA, dijo el doctor; y Berta respondió:—MARSELLA.

Y ambos se dieron un apretón de manos.

Berta volvió al enfermo:

—Sí, es cierto, le dijo al oído, el doctor Roger es de los nuestros; pero aquí hay alguien que no lo es, añadió bajando más la voz á fin de que sólo Tinguy pudiese oírlo; y ese alguien es el baron de la Logerie.—¡Ah! es verdad, respondió el enfermo, ese no lo es: sed discreta, pues Courtin es un traidor... Mas ¿quién me reemplazará si novoy á Montaigu?—Perded cuidado, Tinguy; mandaremos á Juan Oullier.—¡Oh! si va Juan Oullier, no haré yo maldita la falta. Juan Oullier tiene buenas piernas, excelentes ojos y gran puntería. Y soltó una carcajada.

Pero en aquel acceso de hilaridad agotó al parecer todas sus fuerzas, pues recayó en su anterior postración.

El mancebo había escuchado este diálogo, del cual sólo pudo coger al vuelo algunas palabras.

Había oído aquella frase: «Courtin es un traidor,» y por la dirección de las miradas de la joven al conversar con el enfermo, conoció que se hablaba de él.

Acercóse con el corazón oprimido, adivinando que se trataba de algún secreto, y dijo á Berta:

—Señorita, si os molesto ó no me necesitáis, decidmelo francamente; me bastará una palabra para retirarme.

Habló con tan triste acento, que Berta le contestó conmovida:

—Nó, quedáos; todavía os necesitamos: ayudaréis á Rosina á cumplir las prescripciones del médico, mientras yo me pondré de acuerdo con él acerca del método que debemos observar para la curación del enfermo.

Y volviéndose al médico, le dijo en voz baja:

—Doctor, distraedles como podáis; yo en tanto os contaré lo que ha llegado á mis oídos y vos me diréis lo que hayais averiguado.

Después dirigiéndose de nuevo al barón, añadió con meloso acento:

—¿No es verdad, amigo mío, que tendréis la amabilidad de ayudar á Rosina?—Estoy á vuestras órdenes, señorita, repuso el mancebo; mandad y seréis obedecida.—Ya lo veis, doctor, tenéis dos ayudantes animados de excelentes deseos.

El médico se encaminó apresuradamente al carruaje y sacó una botella de Sedlitz y un saquito de mostaza molida.

—Tomad, le dijo al mancebo entregándole la botella, desatadla y dad al enfermo medio vaso de esta agua cada diez minutos.

Luego dió á Rosina el taleguito de mostaza, diciéndole:

—Deslíela en agua muy caliente; pues ha de servir para los piés de tu padre.

El enfermo había recaído en la atonía que había precedido á la transitoria exaltación que Berta no pudo calmar sinó asegurándole que Juan Oullier supliría su ausencia.

Miróle el doctor, y viendo que merced á su postración podía dejarle por un momento, acercóse presuroso á Berta diciéndola:

—Sepamos, señorita de Souday, puesto que ambos pertenecemos al mismo partido; ¿qué hay de nuevo?—Que *Madame* salió de Massa el 21 de abril y tenía que llegar á Marsella el 29 ó el 30; y como estamos ya á 6 de mayo, habrá desembarcado y á estas horas debe estar el mediodía en completa sublevación.—¿No sabéis más?—Nada más.—¿Entonces no habéis leído los periódicos vespertinos del 3?

Berta contestó sonriendo:

—En el castillo de Souday ningún periódico recibimos.

—Pues todo ha fracasado.—¿Cómo!—*Madame* ha errado

completamente el golpe.—¡Es imposible! ¿Qué estáis diciendo?—Después de una travesía feliz en el *Carlos Alberto*, *Madame* desembarcó en la costa á pocas leguas de Marsella; esperaba un guía quien la condujo á una casa solitaria rodeada de bosques y peñascos; *Madame* sólo llevaba seis personas de séquito.—¡Seguid, seguid!—Acto continuo mandó un emisario á Marsella para participar su desembarco al caudillo de la sedición, y que por lo tanto era llegada la hora de cumplir las promesas que habían motivado su regreso á Francia.—¿Qué más?—Por la noche regresó el emisario con un billete que felicitaba á la princesa por su feliz arribo, anunciándole al propio tiempo que Marsella se pronunciaría al día siguiente.—Y luego ¿qué pasó?—Al día siguiente tuvo lugar la sublevación; pero Marsella se abstuvo de tomar parte en ella y... fracasó por completo.—¿Y *Madame*?—Ignórase su paradero; créese que ha vuelto á embarcarse en el *Carlos Alberto*.—¡Cobardes! dijo Berta entre dientes. ¡Oh! soy mujer; pero si *Madame* hubiese venido á la Vendée, juro á Dios que habría dado ejemplo á ciertos hombres. ¡Adiós y gracias, doctor!—¿Nos dejáis?—Esta noche debía haber reunión en el castillo de Montaigu, y urge mucho que mi padre se entere de lo que ha sucedido. Vuelvo á Souday: os recomiendo eficazmente al enfermo, ¿lo oís, doctor? Dejad una receta muy clara; y mi hermana ó yo vendremos á pasar la noche próxima á su lado, á no ser que lo impidan nuevos acontecimientos.—¿Queréis mi carruaje? Yo me volveré á pié y vos podréis mandármelo mañana por Juan Oullier ó por otro cualquiera.—Gracias, no sé qué será mañana de Juan Oullier, y por mi parte, prefiero andar: estoy algo sufocada y el ejercicio me aliviará.

Tras esto, apretó la mano al doctor con viril energía, y embozada en su manta salió de la choza; pero al llegar á la puerta encontró á Michel, quien á pesar de no oír la conversación no había perdido un momento de vista á la doncella, y adivinando que iba á partir se adelantó para salirle al paso.

—¿Qué sucede, señorita? exclamó el mancebo; ¿qué os han dicho?—Nada, contestó Berta.—Podrá ser: pero si nada os hubiesen contado, no saldríais de este modo sin acordaros de mí, sin saludarme siquiera con un gesto.—¿Para qué saludaros si me acompañáis? Tiempo habrá para ello á la puerta del castillo de Souday.—¡Cómo! ¡Seréis tan ama-

ble que me permitáis?...—¿Acompañarme?... Se me figura que después de lo que habéis hecho por mí esta noche, tenéis un derecho irrecusable á ello, amigo mío. Por supuesto que si os halláis muy cansado...—¡Yo cansado, señorita! ¡Cansado para seguirlos! ¡Oh, con vos ó la señorita Mary iría al cabo del mundo!... ¡Cansado! ¡Nunca!

Berta se sonrió, y mirando de soslayo al baroncito, murmuró:—¡Lástima que no sea de los nuestros!

Pero luego añadió también sonriendo:

—No le hace: con el carácter que tiene, podrá hacerse de él lo que se quiera.—Creo que me estáis hablando, dijo el barón; sin embargo, no comprendo lo que decís.—Consiste en que os hablo muy quedo.—¿Y por qué me habláis así?—Porque lo que os digo, no es para dicho en voz alta; á lo ménos ahora.—¿Y después? preguntó el mancebo.—Tal vez.

A su vez el mozo movió los labios como si fuera á hablar:—Podríais decirme, preguntóle Berta, ¿qué significa esta pantomima?—Que yo también os hablo quedito; con la diferencia de que lo que digo os lo repetiría á voces si me atreviese.—Yo no soy una mujer como las demás, respondió Berta sonriéndose casi desdeñosamente; por lo tanto se me puede decir en alta voz cuanto se me hable por lo bajo.—Está muy bien: entonces os manifestaré que lo que os estaba diciendo, es que siento infinito veros arrostrar un peligro cierto, tan cierto como infructuoso.—¿De qué peligro estáis hablando, querido vecino? repuso Berta en tono casi zumbón.—Del mismo de que poco há os hablaba el doctor Roger; va á haber una sublevación en la Vendée.—¿De veras?—Presumo que no lo negaréis.—¡Yo! ¿Y á qué?—Vuestro padre y vos tomáis parte en ella.—Os olvidáis de mi hermana, dijo Berta riendo.—¡Ay! de nadie me olvido, contestó suspirando el mancebo.—Bien ¡y qué!—¿Y qué? Permitid que os diga á fuer de tierno y adicto amigo, que estáis en un error.—¿Podría saberse cuál es, tierno y adicto amigo? preguntó la doncella con cierto aire burlón.—El creer que la Vendée es en 1832 lo que fué en 1793, ó mejor, el creer que aun existe la Vendée.—Si no existe, peor para ella; afortunadamente existe todavía la nobleza; y hay una cosa que acaso ignoráis, caballero, pero que dentro de cinco ó seis generaciones sabrán vuestros nietos, y es que *nobleza obliga*.

El mancebo hizo un gesto; pero no contestó.

—Hablemos de otras cosas, si os parece, añadió Berta, pues

yo no os seguiría más en este terreno, y como decía el pobre Tinguy, vos no pertenecéis á nuestro partido, señor de Michel.—¿Pues de qué queréis que os hable? contestó el mancebo exasperado por el desabrimiento con que Berta le trataba.—¿De qué? De cualquier cosa: la noche es magnífica, habladme de la noche; la luna es brillante, habladme de la luna; las estrellas fulguran, habladme de las estrellas; el firmamento es purísimo, habladme del firmamento.

Y la joven quedó con los ojos fijos en el trasparente azul del cielo.

Michel exhaló un suspiro y siguió andando á su lado sin despegar los labios. ¿Qué habría podido decirle él, hombre de las ciudades y de los libros, ante aquella espléndida naturaleza cuya reina parecía Berta? ¿Acaso había estado como la doncella en contacto desde su infancia con todos los prodigios de la creación? ¿Por ventura había visto como ella todas las gradaciones que experimentan la aurora al rayar y el sol al ponerse? ¿por ventura conocía los misteriosos ruidos de la noche? Cuando la alondra anunciaba el despertar de la naturaleza, ¿comprendía acaso el canto de la alondra? Cuando el ruiseñor llenaba de armonías la soledad y las tinieblas, ¿comprendía acaso su canto? Ciertó que nó: él conocía todas las ciencias que Berta ignoraba; pero en cambio ignoraba todas las cosas de la naturaleza que Berta conocía.

¡Ah! si la doncella hubiese querido hablar, ¡con qué religiosa atención la habría escuchado! Pero Berta calló: su corazón rebosaba de aquellas ideas que se manifiestan no con ruido y palabras, sinó con miradas y suspiros.

El estaba abstraído: soñaba despierto. Parecíale que iba al lado de la tierna Mary y no junto á su áspera y severa hermana, y en vez del aislamiento que á ésta fortalecía, sentía que Mary desfallecía gradualmente y se apoyaba en su brazo. ¡Ah! ¡Entonces sí que consideraba fácil la palabra; entonces sí que la hubiera dicho mil cosas de la noche, de la luna, de las estrellas y del firmamento! Con Mary habría sido maestro y señor; con Berta era discípulo y esclavo.

Hacia como un cuarto de hora que caminaban juntos sin despegar los labios, cuando de pronto Berta se detuvo indicando con un gesto á su compañero que le imitase.

Michel obedeció: con Berta debía obrar así.

—¿Oís? preguntó la doncella.—Nó, respondió el mancebo moviendo la cabeza.—Pues yo sí, añadió Berta con los ojos

centellantes y el oído atento.—¿Qué oís?—El paso de mi caballo y el del de Mary: vienen por mí; sin duda ha ocurrido alguna novedad.

Y púsose á escuchar de nuevo.

—Es Mary que me está buscando, añadió en seguida.—¿En qué lo habéis conocido? preguntó el mancebo.— En el galope de los caballos; hacedme el favor de doblar el paso.

El ruido que había llamado la atención de la joven iba aproximándose de un modo sensible, de manera que cinco minutos después se distinguió perfectamente un grupo que se destacaba de la oscuridad formado de dos caballos y una mujer montada en uno y llevando al otro del diestro.

—Bien decía yo que era mi hermana, dijo Berta.

En efecto, el barón había conocido á Mary, no tanto por su contorno que se delineaba perfectamente entre las tinieblas, como por los acelerados latidos de su corazón.

Echóse de ver que Mary también le había conocido en el ademán de sorpresa que hizo.

Como era natural, contaba encontrar á su hermana sola, ó acompañada de Rosina; pero de ningún modo con el barón.

Notó Michel la impresión que había causado en el ánimo de la doncella su inesperada presencia, y adelantóse diciéndola:

—Señorita, he encontrado á vuestra hermana que se dirigía á auxiliar á Tinguy, y á fin de que no se fuese sola la he acompañado.—Habéis obrado muy bien, caballero, contestó Mary.—No has comprendido, replicó Berta riendo: se figura que necesito excusarme, ó excusarse á sí mismo; es preciso tenerle alguna consideración. ¡Pobre muchacho! ¡su mamá le reprenderá de lo lindo!

Apoyándose luego en el arzón de la silla de Mary, le dijo:

—¿Qué hay de nuevo, Rubilla?—Que la intentona de Marsella ha fracasado.—Ya lo sé, y *Madame* ha vuelto á embarcarse.—Ahí está la equivocación.—¿Cómo que ahí está la equivocación?—Sí: *Madame* ha manifestado que ya que se encuentra en Francia, no quiere salir más de ella.—¡De veras!—Y tanto, que á estas horas está en camino para la Vendée, si ya no se halla en ella.—¿Y quién te lo ha dicho?—Un mensajero que ha llegado esta noche al castillo de Montaigu mientras se celebraba la reunión y cuando todos empezaban ya á dudar del éxito de la empresa.—¡Esforzado corazón! exclamó Berta entusiasmada.—Así es que

papá ha vuelto á escape, y al saber donde estabas, me ha mandado que tomase los caballos y fuese á buscarte.—¿Sí? Pues ya me has encontrado, contestó Berta poniendo el pié en el estribo.—¡Cómo! exclamó Mary; ¿sin despedirte si quiera de tu pobre caballero?—Sí tal.

Y al tender la mano al mancebo, que se adelantaba abatingo:

—¡Ah señorita Berta! dijo tomándole la mano, ¡soy muy desgraciado!—¿Por qué? le preguntó Berta.—Porque no soy de los vuestros, como poco há deciais.—¿Y quién os lo priva? repuso Mary tendiéndole también la mano.

El mancebo acudió solícito, y la besó con la doble pasión del amor y del reconocimiento.

—¡Ah! sí, sí, por vos y con vos, dijo en voz tan baja que sólo Mary pudiese oírle.

Pero la mano de esta fué en cierto modo arrancada de las del mancebo por un brusco movimiento del caballo. Berta había golpeado el suyo con el talón, descargando al propio tiempo un latigazo en la grupa del de su hermana. Caballos y jinetes desaparecieron al galope como sombras en la oscuridad.

El barón quedó solo é inmóvil en medio del camino.

—¡Adiós! gritóle Berta.—¡Hasta la vista! añadió Mary.—¡Ah! sí, sí, exclamó el mancebo tendiendo los brazos á las dos fugitivas: sí, ¡hasta la vista! ¡hasta la vista!

No despegaron los labios las dos hermanas hasta llegar á la puerta del castillo. Entonces dijo Berta:

—Vas á reírte de mí, Mary.—¿Por qué? preguntó ésta estremeciéndose á pesar suyo.—Porque le amo, contestóle su hermana.

Mary estuvo á pique de exhalar un doloroso gemido; pero tuvo suficiente entereza para ahogarlo.

—Y le he dicho ¡hasta la vista! dijo para sí. ¡Quiera Dios que no le vea más!

## XII

## LA PRIMA DEL CONDE DE VOUILLÉ

Al día siguiente, 7 de mayo de 1832, celebrábase en el castillo de Vouillé el vigésimo cuarto aniversario del natalicio de la condesa de Vouillé, y entre los veinte y cinco ó veinte y seis convidados hallábanse sentados á la mesa el prefecto de Poitiers y el alcalde de Chatellerault, parientes más ó menos lejanos de la condesa.

Acabábase de comer la sopa, cuando de pronto entró un criado y dijo algunas palabras al oído al señor de Vouillé. Este hizo que se las repitiesen como si no se atreviese á dar crédito á sus oídos, y levantándose acto continuo, dijo á los convidados:

—Con vuestro permiso, señores, me tomo la libertad de ausentarme unos momentos, pues según acaban de decirme hay á la verja del castillo una señora recién llegada en silla de posta, que al parecer desea hablarme. ¿Me autorizáis para acceder á sus deseos?

Todos los comensales se apresuraron á manifestarle cortésmente su asentimiento, excepto la condesa que fué la única que no abrió los labios, siguiendo con la vista á su esposo, como poseída de cierto temor instintivo.

El Sr. de Vouillé se dirigió presurosamente á la verja, ante la cual estaba parado un carruaje, en el que iban dos personas: una mujer y un hombre; y junto al postillón un lacayo con librea azul celeste y galones de plata, quien al ver al señor de Vouillé saltó del pescante.

—¡Acabarás de una vez, remolón! le dijo así que el conde estuvo á distancia conveniente para oírle.

Paróse éste admirado. ¿Quién era aquel criado que se tomaba la libertad de apostrofarle de semejante modo? Llegábase ya á él para reprenderle cual convenía, cuando de pronto exclamó soltando una recia carcajada:

—¡Cómo! ¿Tú, Lussac?—Yo, sí: ¿qué te asombra?—¿A qué viene esa mojiganga?